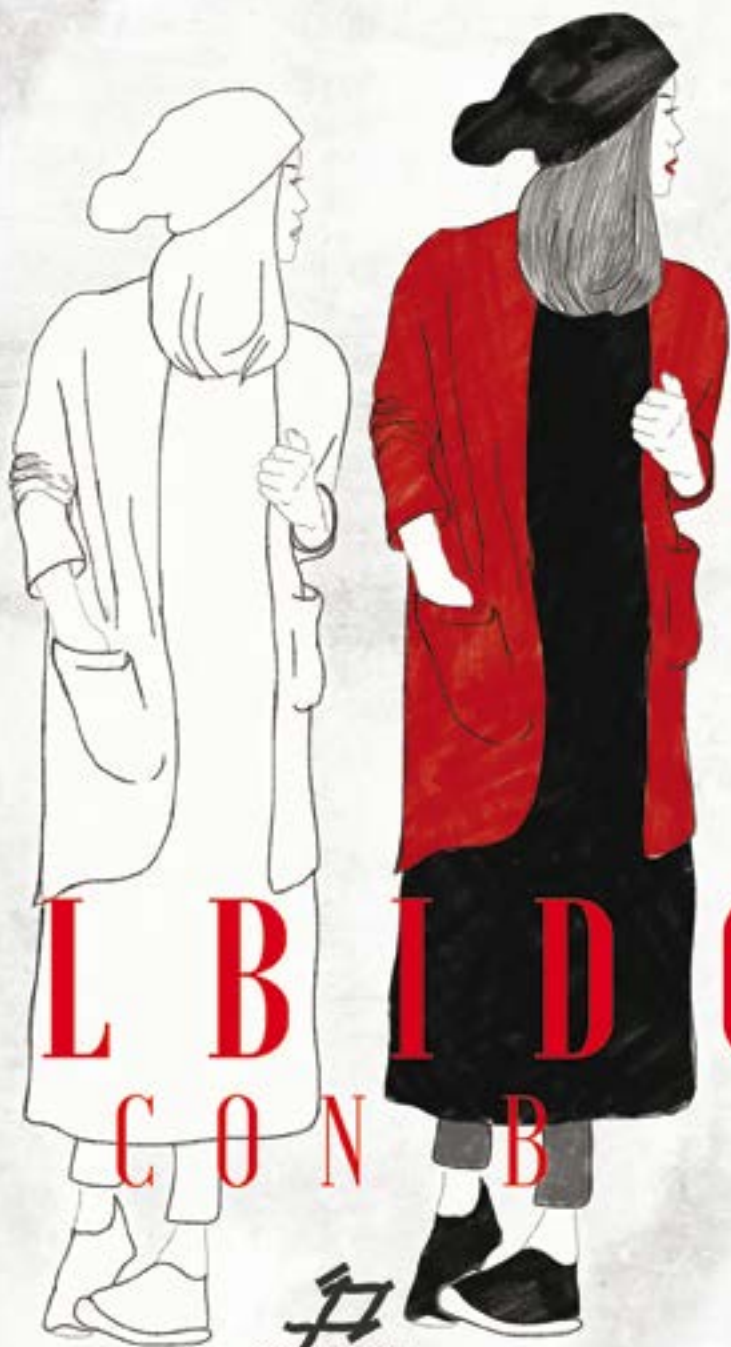


LAURA SALA



O L B I D O
C O N B

OLBIDO

CON b

LAURA SALA



EDITORIAL PEZSAPO
COLECCIÓN OCÉANO



hola@pezsapo.com

www.pezsapo.com

En Facebook: www.facebook.com/pezsapoeditores

En Twitter: [@pezsapoeditores](https://twitter.com/pezsapoeditores)

Editoras:

Inmaculada Puche Romero.

Victoria Irene Borrás Puche

Ilustración de la cubierta: Victoria Irene Borrás Puche

Composición y maquetación: peZsapo.

© 2017, Laura Sala

© 2017 de la presente edición: peZsapo.

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del *copyright*.

Primera edición: junio, 2017

ISBN: 978-84-947043-0-7

D. L.: J 234-2017

Impreso en España

A mi hermano, por tanto

*«Escribo de la realidad y los sueños
son una parte de la realidad»*

Wislawe Szymborska

*«La imaginación está hecha de
convenciones de la memoria. Si yo no
tuviera memoria no podría imaginar»*

Jorge Luis Borges

Prólogo

Lector: estás a punto de subirte al tren de Olbido, y de sumergirte en un universo paralelo y onírico que quién sabe dónde puede llevarte, así que llévate un bocadillo, por si las moscas. Un universo original que a veces nos trae ecos de Boris Vian, de Kafka, de Alicia en el País de las Maravillas y alguna película de Michel Gondry. Aunque aquí no hay conejos ni orugas, sino gentes empeñadas en robar los recuerdos ajenos y en freírlos sin el menor miramiento, como si fueran buñuelos o calamares a la romana. También pululan por estas páginas personas capaces de meterse en pijama en un contenedor en busca de un juguete de su infancia, que luego tienen que ser rescatadas por el vendedor de *shwarmas* y apestan a basura durante un buen rato. Y almas sensibles, capaces de ponerse un anticuado vestido de vuelo y un sombrero Fedora para asistir a la clase de neurología de un profesor manco que habla sobre cómo se almacenan los recuerdos. Y treneros, por supuesto. Treneros benévolos o traicioneros y montañas que se desintegran a medida que las subes.

El tren en el que te dispones a viajar es un tren de alta velocidad. La prosa corre que se las pela, se detiene apenas un instante antes de saltar a otra cosa y, poco a poco, aunque te resistas, te va envolviendo en sus redes. Esas redes están hechas de imágenes potentes, una sana alergia a toda retórica, salpicaduras de humor, sutileza y agudas reflexiones a las que no les falta un toque de deliciosa mala leche. Para muestra un botón: «Qué sobrelorada está la felicidad. Entrás en las redes sociales y todo es mira qué bien nos lo pasamos mira qué guapos estamos qué bien me queda esto qué comida más rica qué paisaje. Allí todo desborda, es un derroche de amor, de alegría, de felicidad pura y dura. Qué asco. Lo aborrezco sobremanera.» Además de veloz y algo impertinente, estás ante una prosa de una gran musicalidad. No en vano su autora se desempeña con brillantez desde hace años en el mundo de la poesía.

¿Somos algo más que la materia claroscuro de nuestros recuerdos? ¿Qué pasaría entonces si nos metieran en la cabeza recuerdos futuros? ¿Hasta qué punto descarriarían nuestras vidas si nos quedásemos sin recuerdos? ¿Y por qué a veces nos obstinamos en huir del amor sólo para morirnos de profunda añoranza tres segundos después?

Pero ya me callo, Lector, que los prólogos, cuanto más breves, mejor.

Mercedes Abad

Una niña pelirroja y un niño con paraguas de cohetes azules se columpian cerca de un lago. El niño le susurra al oído a la niña y ella alza con más fuerza sus piernas para volar más alto. El niño se agarra fuerte a la cuerda y mira la rama del árbol. ¿Están seguros pendiendo de esa rama tan escuálida? La niña sigue columpiándose con ímpetu. El niño, a su lado, no hace ningún movimiento. La niña le susurra al oído. El niño agarra con más fuerza su paraguas. El cielo se abre y el columpio se parte en dos. Una mitad es de la niña, la otra del niño. No pueden tocarse, su destino ha quedado separado por una línea recta. A un lado una paleta de colores, al otro lado una escala de grises. Eso son los recuerdos para mí.

Primera parte



1

¿Nombre? Olvido. ¿Destino? Barcelona. Muy bien, siguiente. Me doy media vuelta y detrás de mí hay un hombre, aunque parece más el tronco de un árbol con dos surcos por ojos. Me mira pero creo que ni me ve y por un momento esos ojos son los de un niño con calcetines largos hasta las rodillas, gafas de culo de botella y cuatro pelos en el bigote, negros y puntiagudos, una imagen que me atrapa y desconozco. Está absorto. Nombre Ugo, sin h, recalca, destino Berlín. Me pregunto cómo un tren que va a Barcelona también va a Berlín, quiero ir a preguntárselo al revisor pero una avalancha de pasajeros me empuja hacia los asientos y mis ganas de no quedarme de pie disipan mis dudas. Agarro mi maleta fuerte con las dos manos, por qué hostias tuve que coger tantas cosas. La coloco justo encima del asiento de un niño de cara pálida, la piel pecosa, largas pestañas, ojos miel, un diente roto, labios carnosos. Me da la sensación de que alguien le ha robado su felicidad. Me hundo en mi butaca y pienso que ojalá no se siente nadie a mi lado, no me

apetece hablar ni mezclar olores. El vagón en sí tiene un halo de misterio, un olor de naftalina, poco ventilado y en general malhumorado. Me enchufo los cascos, busco algo cañero que me haga olvidar que dentro de unas horas voy a llegar a Barcelona.

¿Está ocupado? Sí, digo, no, arrugando la nariz mientras un chico joven con gafas de sol y tacones se abre sitio pisándome y deslizándose hacia el asiento. Lo miro de reojo, con esos tacones no ando yo ni de fiesta. Él se quita las gafas y abre un libro, un cómic en blanco y negro si no veo mal. Ni me mira. ¿Empezaré a ser ya invisible? Quiero preguntarle por el libro pero no lo hago. Me reclino y cierro los ojos. El traqueteo del tren me excita y voy rozando la costura del vaquero con mi sexo. Pienso en ti, en los dos años que hace que no pasamos más de tres días juntos, en las ganas o no ganas que tengo de verte, ¿tengo ganas?, en la casa de Barcelona, más tuya que mía. Estás a punto de meterme un dedo cuando el de al lado me da un golpe seco con la mano abierta en la pantorrilla y doy un salto. Le grito. Me grita. Se ha vuelto a poner las gafas de sol, aunque yo no noto ninguna luz cegadora, ni dentro del tren ni fuera. Miro por la ventana, por lo menos vamos a 300 km/h y no voy en un AVE. Creo que se ha asustado. No me mira con deseo pero al menos no soy invisible. Tampoco puedo esperar mucho más de un chico con tacones. Parece que quiere hablar, aunque más bien creo que no coordina.

Miro a mi alrededor. Una señora con un sombrero de plumas se sienta al otro lado del pasillo y a su lado un hombre regordete de mofletes azulados juega con una canica. No me miran, creo que ni notan mi mirada. Delante dos chicas de treinta y tantos con gran parecido

físico que ni se hablan, la vista al frente, como vedada. Detrás el niño y a su lado un viejecito con bigote blanco que me clava los ojos y la imagen de una tableta de chocolate negro con una onza mordida aparece en mi cabeza. Eso me inquieta, a mí que no me gusta el chocolate negro y menos me lo comería a bocados. Qué extraño, pienso, esas imágenes no las pienso yo, es como si los ojos ajenos me invadieran. Vuelvo a hundirme en mi butaca. El chico de al lado sigue leyendo con la palma de la mano en el reposa brazos, qué incomodidad, pienso. Me fijo y un pequeño tatuaje en su dedo meñique tiene aún restos de sangre. No veo bien qué es, parece un oso. Intento enroscarme en la mitad de mi butaca, en la que queda más lejos de él, incluso dejo mi chaqueta al lado. Que se entere que marco distancia. Ahora sí quiero ser invisible. Esa palma suya no me gusta nada, parece que tenga vida propia, que no vaya con él.

Cierro los ojos, quiero dormir y despertarme en Barcelona. Verte en la estación y que vengas corriendo hacia mí. Como la primera vez que vine a verte. Ahora mismo borraría estos dos años y uniría lo demás. No me puedo creer que me esté dando codazos. Pero a ver, le grito al chico de gafas y tacones. No es él. Ya no está a mi lado, ni mi chaqueta tampoco. En su lugar me encuentro al niño de la felicidad robada que sigue dándome codazos. Pero qué coño... y me callo antes de soltarle un sopapo. Ni se inmuta. Ni un padre ni una madre histéricos vienen a desaprobarme. Le doy otro sopapo. Me sigue dando codazos. Grito. Grita. Le miro fijamente a los ojos y me inunda el mar, la sal, los castillos de arena, las croquetas rebozadas. Aparta su mirada de mí y es como si me hubiera robado la energía. El niño se va, el asiento queda vacío. Recupero

mi maleta llena de trastos y la dejo encima. No recupero mi chaqueta y tu piedra estaba en el bolsillo.

Nadie se mueve en el vagón, nadie se prepara para bajar en la próxima parada. Y eso que escogí un tren lento, de los que se detienen en todas las estaciones, huelen a porro y saben a humo. Pero éste no. Quería ralentizar mi llegada a la ciudad, no enfrentarme a la realidad de mi reciente despido, a la realidad de lo que me espera. Pero, ahora que me fijo, este tren no lo había cogido antes. Estos colores no los identifico con el Servicio Estatal de Trenes. No veo el nombre de la compañía. Es un tren largo y estrecho, un tanto incómodo y con butacas de un naranja estridente que parecen recicladas de otro mundo, asientos con un círculo dibujado donde aposentar el culo y una manivela caída del techo donde agarrarse, un elemento más de tranvías antiguos que de trenes. De pronto me parece que alguien ha cogido piezas de distintos sitios y las ha metido ahí, alguien que se ha ido a un rastro planetario. Incluso el suelo es de terciopelo azul y me recuerda a la película *Blue Velvet*. Tarareo la canción y sigo recorriendo el tren con la vista. El techo es de madera y hierro, las ventanas tintadas de amarillo y todas con una placa que dice:

Atención señora, limpiar con un paño húmedo sin ningún producto abrasivo.

Algo así ponía dentro de las puertecitas de los armarios de la cocina de mi abuela. Me irritaba. Cuando iba al colegio, cada viernes comía en su casa y cada viernes al coger los platos, el mismo mensaje. Traté de arrancarlo más de una vez sin éxito y mi abuela, cuando me veía tan alterada, ponía a mi abuelo a limpiar los armarios con un producto abrasivo. Entonces me calmaba un poco, no sin dejar de pensar en el que sellaba esas etiquetas en los armarios. ¿Las tendría también en su casa? Mi abuela

me decía que no me tomara tan a pecho esas cosas mientras cortaba las patatas, que ella era de otra época donde ese tipo de mensajes eran lo habitual. Yo daba vueltas al arroz en la olla y ella seguía diciéndome que todo había cambiado mucho en muy poco. Y tiraba las patatas a la sartén. No he comido mejores patatas fritas ni probado mejor arroz con leche que el de cada viernes en casa de mi abuela. Recuerdo cómo disponía cinco platitos encima del mármol moteado, repartía el arroz con leche y espolvoreaba canela en polvo. Pon más, abuela, más canela, le pedía yo. Y salía de allí con dos platitos envueltos en papel Albal con toda la canela pegada al plástico para mis dos hermanos. Aunque no siempre llegaban a probarlos porque los escondía y me los comía en las noches en que me costaba dormir. El arroz con leche de mi abuela fue como el payaso a rayas de mi infancia. Un bálsamo.